

Biblia, año litúrgico y catequesis

P. Alfonso Mora

La fe del cristiano no consiste en una simple creencia o aceptación de algunas verdades. Es, ante todo, acogida de una Revelación de Dios en la historia de la humanidad y de cada ser humano. En esta óptica se considera creyente a todo el que ha tomado conciencia de que Dios se ha comunicado y ha revelado progresivamente su Misterio, primeramente al pueblo de Israel a través de su historia y que en la plenitud de los tiempos, lo ha llevado a feliz consumación en su Hijo Jesucristo.

La comprensión de este misterio de parte del hombre no puede ser realidad sino a través de una comunicación expresa de Dios en forma de mensaje, que suscita la fe del creyente proponiéndole la verdad revelada en el contexto de un encuentro con el mismo Dios que se revela.

Esta manera de ver la revelación —encuentro con el Dios que se revela—, manifiesta que la fe no va a consistir solamente en la aceptación de una doctrina dada, sino en la adhesión a ALGUIEN y la identificación con El. Efectivamente, en Jesús, el Hijo de Dios, nosotros somos conducidos por el Espíritu al encuentro con el Padre.

Entonces la Buena Nueva de salvación no consiste solamente en lo que yo escuche y luego pueda pensar sobre Dios que me ama, sino que es Dios mismo en su Hijo Jesucristo, "único mediador entre Dios y los hombres". De ahí que acoger la revelación del Misterio de amor de Dios es entrar en actitud de adhesión y conversión, y aceptar una manera de existir total y permanentemente nueva.

En otras palabras, dicho encuentro con Dios no es casual, sino permanentemente actual como obra de Dios en Cristo, así como permanentemente histórico en la respuesta humana de acogida.

1. La Iglesia, Pueblo de Dios, celebra este encuentro de fe

Los momentos especiales de la vida de cada hombre, unidos a los grandes momentos históricos de cada generación y de cada época, son asumidos en el ciclo anual de celebraciones litúrgicas de la Iglesia a través de la sucesión de los días y de las semanas, y nos conducen a la experiencia de Dios en el encuentro de nuestra actualidad con la historia en que vivimos y de la que somos protagonistas con "Aquel que es el mismo ayer y hoy, y por los siglos: Jesucristo" (He 13,8; cfr. SC 102).

La misma naturaleza de la Sagrada Liturgia conlleva una forma específica de educación de la fe puesto que al celebrar, desde diversos

ángulos, el diálogo entre Dios y su Pueblo manifiesta siempre el designio amoroso de Dios y suscita en el pueblo, a través de la palabra proclamada, una respuesta de fe por la palabra de la Iglesia y los signos sacramentales.

II. La revisión del Año Litúrgico

Con razón el Papa Pablo VI llamaba a que "la revisión del Año Litúrgico y las normas que derivan de su reforma" no pretendan otra cosa sino que "los fieles, por medio de la fe, la esperanza y la caridad, estén en comunión más viva con "todo el Misterio de Cristo desarrollado a lo largo del curso del año" (Carta Apostólica *Mysterii Paschalis*, del 14 de febrero de 1969).

Se ve que, en la mente del Papa y de la Iglesia, el dinamismo del año litúrgico debe tener como objetivo el presentar al Pueblo de Dios, como contenido único, el Misterio de Cristo como misterio a la vez histórico y presente, y, al mismo tiempo, asequible a la experiencia religiosa del pueblo a través de las celebraciones litúrgicas que, con matices diferentes y desde diversos ángulos, concentran a lo largo del año la atención de la Iglesia en el misterio pascual.

De hecho, las grandes solemnidades y fiestas del Señor nos adentran en los acontecimientos culminantes de su vida y del itinerario festivo anual de la Iglesia, que son también grandes metas del itinerario de educación en la fe.

Y no podemos ignorar la extraordinaria energía pedagógica que contienen los tiempos litúrgicos especiales, en los que, a veces preparamos y otras celebramos al Dios-Hombre que viene a realizar el Misterio de amor (Adviento y Navidad), o bien preparamos y celebramos el gran misterio que se realiza en Cristo (Cuaresma y Pascua). ¡Cuántos temas, cuánta riqueza de contenido! Allí encontramos la esperanza cristiana, la escatología, importantes jalones de la Cristología y de la Eclesiología, la conversión, el bautismo, el amor fraterno, etc.

Desde luego, sería un grave error en la pastoral profética ignorar el tiempo ordinario de la vida de la Iglesia, como si se tratara simplemente de un tiempo de espera mientras llega algo importante, y no, como lo es en la realidad, el tiempo de la obra evangelizadora de la Iglesia, en el que ésta sigue celebrando el desarrollo del misterio inagotable de Cristo.

Como madre y maestra que es, la Iglesia, en su esfuerzo por proporcionar a los fieles un estímulo constante a su fe desde la Palabra proclamada, ratificada en los signos y vivida en la comunidad, promovió la distribución de las perícopas litúrgicas de modo que, a través de tres años, el Pueblo de Dios se mantenga en constante contacto con su propia Historia de Salvación en el contexto de la vida litúrgica de la Iglesia, tal como queda claramente expresado por la misma Iglesia al manifestar su intención de que "...los fieles, al escuchar la Palabra de Dios, comprendan que las maravillas que les son anunciadas tienen su punto culminante en el Misterio Pascual, cuyo Memorial es celebrado sacramentalmente en la

Misa. De este modo, escuchando la Palabra de Dios, alimentados por ella, los fieles son introducidos en la acción de gracias a una participación fructuosa de los misterios de la salvación" (Instr. *Euc. myst.*, 25 mayo de 1967).

Los frutos de ese gran esfuerzo educador de la Iglesia, expresados en forma breve en la cita anterior, son realmente abundantes y constituyen para el catequista un verdadero reto:

- Se encuentra con un destinatario
- que entra o va a entrar en contacto, a través del Año Litúrgico, con los grandes y más importantes textos del Antiguo y del Nuevo Testamento;
- que recibe o va a recibir, por medio de los sacramentos, abundantemente la Palabra de Dios y que, por consiguiente, bien orientado en la fe, se va a familiarizar con los grandes acontecimientos de la salvación.

Por otra parte, la escasez generalizada de educación para la vida litúrgica nos deja, con frecuencia, la sensación de que el Año Litúrgico no se celebra con suficiente intensidad, que no se aprovecha en profundidad el caudal de contenidos de fe allí presentes, que se ha caído en una depreciación de su dinamismo evangelizador.

De hecho, la gran posibilidad de dejarse penetrar por la Revelación que tiene normalmente el cristiano, se ve expuesta a no ser bien aprovechada si, por otra parte, una educación sistemática y progresiva de la fe no le va educando y abriendo los horizontes de su adhesión personal y comunitaria para adentrarse conscientemente en el misterio de Cristo y de su Iglesia.

III. La pedagogía de la fe en el Año Litúrgico

El catequista deberá tener en cuenta que en la Liturgia, la Palabra de Dios no es presentada como una lección para aprender, sino como la revelación, celebrada como acontecimiento, del designio de Dios. En toda celebración litúrgica y a través del dinamismo de la vida litúrgica de la Iglesia, es siempre la Buena Nueva de la Salvación la que es anunciada al pueblo, ayudándolo a ubicarse en actitudes de contemplación, de esperanza y de acción de gracias. Así la asamblea aprenderá, mientras celebra, a impregnarse de una Palabra de vida para vivir de Cristo y en Cristo.

Desde esta óptica, la liturgia puede ser considerada maestra por su método y su lenguaje:

- su pedagogía constante en el desarrollo del Año Litúrgico, que en sus fiestas ofrece y celebra toda la Historia de la Salvación;
- su lenguaje de signos y símbolos;
- su fundamentación radical en la Palabra de Dios;

- su actualización del Misterio como acontecimiento para el hombre de hoy;
- su carácter de fuente y meta de todo el quehacer cristiano;
- su dimensión esencialmente comunitaria.

Es oportuno, a este punto, tener en cuenta algunos aspectos positivos del Año Litúrgico, así como señalar algunos riesgos que deben ser obviados:

1. Aspectos positivos:

- Una inmensa riqueza de contenido doctrinal y espiritual;
- gran variedad y fecundidad de perspectivas, desde las que se puede descubrir y vivenciar el aspecto unitario que se menciona a continuación;
- una estructura orgánica y unitaria: todos los aspectos, todos los momentos, todos los tiempos, todos los signos, están centrados en torno al Misterio Pascual de Jesucristo; de modo que el despliegue de las múltiples facetas de la obra salvadora de Cristo produce la impresión de un todo armónico.

Todos estos aspectos contribuyen a hacer del Año Litúrgico un camino pedagógico de primera importancia.

2. Riesgos que deben ser obviados:

- La riqueza de contenido no debe conducir a la dispersión; debe mantenerse a la vista la dinámica unitaria del Año Litúrgico;
- La presencia de algunas fiestas importantes dentro de los tiempos fuertes (v.g.: Ascensión dentro del Tiempo Pascual), no debe seccionar ni debilitar el carácter unitario del tiempo.
- El extraordinario valor pedagógico no debe prestarse a un mero conceptualismo: no se trata de que los diferentes acontecimientos litúrgicos den al catequista oportunidad para reforzar un concepto o presentar uno nuevo. Más bien, la pedagogía del Año Litúrgico debe entenderse como una vivencia del único misterio salvífico actualizado de diversas maneras a través del año.
- Por otra parte, es preciso evitar el riesgo de reducir la "realización" o "actualización" de la obra salvadora de Dios a las celebraciones sacramentales.

Hay que tener en cuenta que:

- En sí misma, la proclamación de la Palabra, evangelizadora o catequística, tiene valor de acontecimiento salvífico;

- La presencia de Cristo no se da exclusivamente en los sacramentos, sino también en toda proclamación evangélica, así como en la vida de amor y testimonio.

Por esas razones, el lenguaje litúrgico tiene que saber complementar sus innegables valores educativos y vivenciales, con los otros valores previos y posteriores, de la vida eclesial, tales como: la tarea catequética y el testimonio y el trabajo de cada día. Hay que superar la tentación, que de vez en cuando aflora, de impulsar un culto encerrado en sí mismo, sin conexión con la maduración constante de la fe en la vida concreta y diaria.

Conclusión

Lo dicho anteriormente, en muy breves líneas y en forma muy apretada, nos invita a concluir que el diálogo constante entre la acción catequética y la vida litúrgica de la Iglesia, debe producir, por su misma esencia, un enriquecimiento mutuo entre ambas acciones pastorales, y un fortalecimiento constante de la fe del cristiano y de la comunidad, puesto que ambas acciones nos conducen al mismo misterio, una llevándonos a mirar y celebrar la globalidad del misterio encarnada en nuestro devenir histórico, y la otra educándonos en forma sistemática, gradual y permanente, hacia la vivencia y celebración del amor de Dios como acontecimiento, encuentro y diálogo salvífico.